

El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7851.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAL, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LORSTRE, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comentados, conserva el derecho de no publicar lo que reciba, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.
Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24.

Anuncios á precios convencionales.

VIERNES 13 DE MAYO DE 1887.

CARTAGENA,

LO QUE HA SIDO

Y LO QUE TIENE DERECHO Á SER.

(Continuación.)

Según mis cálculos, en el periodo que media entre el año 1730 y el 1780, ó sea de 50 años, gastó el Estado en Cartagena entre obras, construcciones, murallas y castillos, provisiones, guarnición, sueldos, etc., etc., la enorme suma de 4.500 millones de reales; correspondiendo 90 millones á cada año, lo cual prueba su desarrollo comercial, su población y su riqueza.

Si fuese necesario justificar á la administración del Estado por los grandes caudales pertenecientes á la nación que invirtió en nuestro pueblo, de ningún modo mejor podría hacerse, que citando literalmente lo que un gran estadista inglés, Mister John Muller, dijo en 1794 en su *Tratado de Fortificación*, obra de reputación europea.

Oid, pues, con atención:

• Todos los prácticos en la navegación concuerdan unánimes, en que el puerto de Cartagena es el mejor de España y uno de los más considerables de Europa; lo que fundan en la tranquilidad y sosiego en que sus aguas permanecen siempre, á pesar de los vientos más impetuosos que puedan agitar las del Mediterráneo, por cuya excelente propiedad decía el famoso Doria que solo conocía tres puertos seguros, Junio, Julio y Cartagena. En efecto—añade—jamás se ha encontrado alguno que para cubrirlo de los malos temporales haya tenido ménos necesidad de los socorros del arte.

Señores: si no fuera un sarcasmo, después de lo que acabais de escuchar, se me ocurriría recordaros con sentida frase y comentar con acritud, que hay aquí quien afirma que al presente nuestro puerto no es suficientemente seguro para el atraque de los buques á sus muelles, cuya afirmación ha servido quizá de rémora para el cumplimiento de prescripciones que favorecerían á nuestro comercio, poniéndole en condiciones de poder competir con otros puertos de nuestro litoral. No debo, no quiero continuar por este camino.

Llegó el año 1804, y el recinto de nuestra ciudad, plético de población, sintió una imperiosa necesidad de ensanche. Mas como en aquella época las murallas mandadas construir por el mejor de los Borbones, estaban recién concluidas, y habría sido una demencia pensar en su derribo, el clamor público se fijó y designó para el ensanche de la ciudad el monte de la Concepción, que con ser propiedad del Municipio resultaba inútil su castillo para la defensa de

la plaza, que ocupaba, como hoy ocupa, el sitio más céntrico de la población.

Haciéndose eco de las opiniones del vecindario, el Ayuntamiento consiguió del Rey que por el ingeniero de los reales ejércitos D. Juan de Ordoñez, se hicieran los estudios necesarios para formar el proyecto y presupuesto de la demolición del castillo y allanamiento del monte hasta el plano horizontal del piso de la Catedral.

Calculóse por el precitado ingeniero la duración del desmonte en 26 y medio años, á razón de 24 días laborales en cada mes, y el costo de estas obras, valiéndose de los penados, lo presupuestó en unos nueve millones de reales. A esta cifra habría que añadir el coste de la demolición de los muros y edificios del castillo, la de las casas particulares y la indemnización á los propietarios de éstas; materiales, herramientas, etc., etc., ascendiendo el presupuesto total á más de diez millones de reales.

El desmonte debía consistir en 1.519.366 varas cúbicas y la planicie edificable que resultaría, podría medir unas 47000 varas cuadradas.

El presupuesto de productos, incluyendo el valor en venta del terreno edificable, ascendía solo á 2.312.472 reales, por consecuencia, aquella mejora vendría á infligir una pérdida de más de 7 1/2 millones, que de modo alguno podía soportar el Municipio.

El pueblo quería, sentía la necesidad de la mejora, y hubo en tal sentido manifestaciones de elocuencia suma. Pero todo era inútil; el Municipio no tenía recursos para llevarla á cabo, en aquella época no se conocía el secreto del crédito y no se pensó por consiguiente en él. Únicamente se ocurrió al Ayuntamiento acudir al Gobierno en demanda de recursos; pero éste, que sin duda consideraba á Cartagena demasadamente favorecida con la gran protección que indirectamente le concedía, sosteniendo en ella talleres que ocupaban una buena parte de sus habitantes, y que la creía enriquecida con el considerable número de millones que en ella había gastado en corto periodo de tiempo, proveyó de Real orden, que cuando la ciudad tuviese fondos ó encontrara arbitrios suficientes, se le hiciera presente al rey para determinar sobre tan útil mejora.

¡Triste desengaño el que recibieron nuestros abuelos, por fiar la suerte de su porvenir en otros recursos que en los propios!

Y no se crea por eso que faltaban en la población elementos de robusta vida, pues ocho años después, y cuando aún palpitaba en todos la fiebre del deseo por tan interesante mejora, con motivo de una gran carestía de pán, y á fin de poder adquirir el trigo á un precio menor del de 230 reales la fanega, á que se vendía en el puerto, el Ayuntamiento trató de arbitrar recursos para que con

ellos fueran á Orán con aquel objeto un concejal y un comerciante.

No pasó mucho tiempo sin que aquel llamamiento á las clases acomodadas fuese respondido satisfactoriamente, llegando á reunir más de 18.000 duros.

En la lista de los donantes, figuran los antepasados de varios cartageneros, con cuya amistad todos nos honramos. Creyendo no he de molestaros, voy á citar algunos.

D. Jerónimo Subellas, D. Pedro Vall, D. José Vergel, señores hermanos Bofarull y Carbonell, señores D. Vicente Bosch y compañía, D. Antonio Morer, D. Enrique Catá, señores Bienert (padre é hijo), D. Clemente Quetenti, D. Francisco Ferro, D. Antonio Monzón, D. José Rosique, D. Leandro Madrid, D. Tomás Amaller, D. José Piceti, señores viuda de Isaura é hijos, D. Bartolomé Rafo, D. Blas Cassola, señores Viuda de don Merco Mordella é hijos, D. Francisco Pascual Viale, D. José Pico, D. Estanislao Rolandi, etc., etc.

Hemos llegado á un tiempo de desolación.

La hermosa Cartagena, cuyo alabastro pie bañaba el mar con acariciador murmurio, cuando revestida con las galas de la opulencia del mundo antiguo dormía tranquila y sonriente el sueño dulce y encantador que velan las más halagadoras visiones—La graciosa sultana que se miraba complacida en el encantador espejo de su soberbio *Almarza*, y juguetona y atrevida enviaba desde su atarazana ligeras naves al Oriente para que le trajeran ricas resinas de la Arabia de delicadísimos perfumes, que ardiendo en su serrallo en peveteros atilgranados, inundaban su al-jaina del humo que la embriagaba é incitaba al amor.—La sañuda guerrera de la Cruz, cuyo récio montante hundía en nombre de Dios, sobre la tierra y sobre el mar, las malditas cabezas de los moros; la que los arrojó de sí á la africana tierra, y la que para purificar su suelo de aquella lepra inmunda prefirió la despoblación de sus campiñas á verlas pingüentemente cultivadas por los adoradores del Korán.—La que más tarde fué acariciada por el favor de sus monarcas, y enriquecida con la construcción de hermosas máquinas de guerra, que surcando los mares paseaban victoriosas el pendón español por todos los confines del planeta; tuvo un día de dolor, grande, incommensurable, infinito, cuando llegó á sus oídos la tan irreparable, cuanto gloriosa derrota que sufrió nues ra armada en Trafalgar.

Aquel dolor era justificado.

Los inmensos sacrificios hechos por el Gobierno español para construir aquellas poderosas escuadras, y los incalculables gastos que tuvo que soportar para sostener las guerras en que se veía empeñado, habían postrado las fuerzas

nacionales, y el pueblo de Cartagena no veía posible el remedio á tan terrible desgracia.

Aquella generación perdió por completo la esperanza, y cuando esto sucede, es como ha dicho uno de nuestros pensadores, respecto de la fé: «Esta, como la virginidad, no se recobra.»

Con la paralización de los trabajos de nuestro Arsenal empezó á despoblarse la ciudad.

Como sombra fatídica que sigue siempre á la desgracia, una epidemia asoladora aceleró á la emigración.

Cartagena, desde aquellos aciagos días, dejó de ser la India, la tierra de promisión de los habitantes de los púbblos del antiguo reino de Murcia y de las provincias limítrofes.

En el año 1845 solo se libraron á la Marina de este Departamento cuatro mensualidades; tres y media en 1846, cuatro y media en cada uno de los siguientes 1847 y 1848; y de este modo continuó el Calvario de aquel infortunado cuerpo hasta el año 1849.

Cartagena, que hasta entonces había estado entregada en brazos del Estado y sin tener la necesaria decisión para emanciparse de aquella peligrosa tutela, experimentó la menguada suerte de su protector.

Su despoblación llegó á setenta, que por doquier ofrecía el aspecto de una ciudad abandonada. Una gran parte de sus edificios estaban en ruinas, y sus calles, ahucancadas por la destrucción del empedrado y sin alumbrado apenas por las noches, ofrecían un pobre y tristísimo espectáculo.

El comercio casi desapareció, quedando reducido á unos pocos de menguados establecimientos.

En nuestro puerto, cuando más, se veían atracados al Muelle Alto tres ó cuatro laudas, y la marina de guerra se hacía representar por algún falucho guarda-costas ó alguna escampavía.

¿Qué sucedía entretanto á los marinos?

Agotado su crédito y retenidos en sus casas por la falta de vestidos en armonía con sus categorías, llenos de dignidad se resignaban á morir de hambre, prefiriendo esta desgracia á la de morir de vergüenza solicitando un socorro.

(Se continuará.)

CAPITAL FRANCÉS PARA ESPAÑA.

Dicen de París que se considera casi segura la formación de un sindicato de capitalistas españoles y franceses, de acuerdo con el Banco de España para tomar parte en el concurso del arriendo de los tabacos.

Se añade que el viaje á Madrid de uno de los directores del Banco de París no es ajeno á este asunto.